

Himnos a la noche

1

¿Hay algún ser viviente, dotado de sentidos, que ante las manifestaciones maravillosas del espacio anchamente desplegado en torno suyo, no ame a la todo-regocijante luz, con sus colores, sus rayos y sus ondas, y a su tierna omnipresencia: el día dispensador del despertar? Es ella como el alma más profunda de la vida, respirada por el mundo inmenso de las constelaciones infatigables, que danza y se sumerge en su torrente azul; por la roca, brillando en su quietud eterna; por la planta que medita y absorbe; por el ardiente, multiforme y salvaje animal. La respira, más que nadie, el magnífico extranjero de ingrávido andar, con su mirada, distraída en múltiples pensamientos y con sus labios, ricos en música, dulcemente cerrados. Como una reina de la naturaleza terrenal, convoca todas las potencias a infinitas metamorfosis, ata y desata innumerables lazos y envuelve toda cosa con la aureola de su divina imagen. No hace más que aparecer y los imperios del mundo descubren su mágico esplendor.

Pero yo me vuelvo hacia la Noche sagrada, la inefable, la misteriosa Noche. Solitario, desierto está el lugar del mundo, que yace lejos, lejos, en profunda sima sepultado. La más honda melancolía toca las cuerdas del cora-

zón. ¡Caer quisiera en gotas de rocío y mezclarme a la ceniza! En pálidas vestiduras surgen sueños de la infancia, anhelos de la juventud, lejanías del recuerdo, de toda una larga vida la inútil esperanza y los breves goces, como bruma crepuscular tras la puesta del sol. Mientras tanto, en otros sitios, la luz ha levantado sus tiendas de alegría. ¿Podría no retornar acaso, al lado de sus hijos que la esperan con la fe de la inocencia?

¿Qué es pues lo que de pronto, en lo secreto del corazón, surge misterioso y disipa la blanda atmósfera de tristeza? ¿Te complacerás tú también en nosotros, sombría Noche? ¿Qué guardas bajo tu manto, que penetra hasta mi alma con invisible poder? ¡Precioso es el bálsamo de adormideras que tu mano destila gota a gota! Eres tú quien libras al vuelo las grávidas alas del alma. Oscuramente, indeciblemente nos sentimos tocados; preso en gozo y temor, veo un rostro grave que se inclina sobre mí con dulzura y piedad, develándome la amada juventud de la Madre bajo esos bucles confundidos hasta el infinito.

¡Oh! ¡Cuán pobre y pueril me parece hoy la luz, y cuán alegre y bendita la marcha del día! ¿Es porque la Noche aleja de ti a tus fieles, que siembras esferas chispeantes en la amplitud del espacio, por el tiempo que dure tu alejamiento, para anunciar tu omnipotencia y tu retorno? ¡Ah! ¡Los ojos innumerables que la Noche abrió en nosotros nos parecen más celestiales que todas las brillantes estrellas! Ellos ven más allá todavía de esas pálidas legiones infinitas. Sin necesidad de la luz, su mirada atraviesa las profundidades de un alma amante, colmando de voluptuosidad indecible las supremas alturas del espacio. ¡Alabada sea la Reina del Universo, la alta

anunciadora de mundos sagrados, la guardiana del amor
venturoso! ¡Tierna bienamada, grato sol de la Noche, es
ella quien te envía a mí mientras velo, pues soy mío y soy
tuyo; tú me revelaste que la Noche es la vida; tú me has
hecho hombre; en fuego espiritual quema mi cuerpo
para que, vuelto ligero como el aire, a ti me una más ínti-
mamente y nuestra noche nupcial dure así la eternidad!

¿Es que siempre debe volver la mañana? ¿No tendrá nunca fin el dominio de lo terrestre? Una funesta actividad abate el vuelo divino de la Noche. ¿Es que el misterioso sacrificio del amor no arderá nunca en la eternidad? ¡La luz tiene fijado su tiempo, pero fuera del tiempo, fuera del espacio, está el Reino de la Noche! ¡Eterna es la duración del sueño! ¡Sagrado sueño! Raras veces dejas saborear tus goces, a lo largo de esta faena terrenal, a quienes están consagrados a la Noche. Pero sólo los insensatos te desconocen, pues no saben de otro sueño que esa sombra con que tu compasión nos cubre en el crepúsculo de la noche real. No alcanzan a percibirte en el zumo dorado de los racimos, en el aceite milagroso del almendro, en la savia sombría de la adormidera. No saben que eres tú quien flotas en torno a las tiernas vírgenes y haces un cielo de su seno. No sospechan que eres tú quien vienes a nuestro encuentro, desde las viejas leyendas, abriéndonos los cielos, tú, que traes la llave de las mansiones dichosas, tú, callado mensajero de misterios sin fin.

Cierta vez, vertía lágrimas amargas, desvanecida mi esperanza en dolor. Estaba solitario junto al árido túmulo donde yacía, en la tiniebla de su estrecho hueco, la que fuera mi vida. Solo como ningún solitario lo estuvo. Abrumado por invencible angustia, sin fuerzas, reducido a mi sola desventura, sin poder avanzar ni retroceder, buscaba auxilio en torno mío, aferrándome con infinita nostalgia a la vida huidiza y declinante. Entonces, desde las lejanías azules, desde las cimas de su antigua felicidad, cayó sobre mí un estremecimiento crepuscular y el vínculo natal se cortó de un solo golpe. Rompióse la cadena de luz. Lejos desapareció el esplendor terrestre y con él huyó mi duelo. Mi melancolía refluyó para abismarse en un insondable mundo nuevo. ¡Sobre mí caíste, oh celeste sueño, fervor de la Noche! Dulcemente se incorpora el mundo y sobre él, libre ya de sus lazos, mi espíritu vuela renacido. El túmulo se desploma entre nubes de polvo, tras las cuales veo, transfigurados, los rasgos de la Amada. En sus ojos dormía la Eternidad. Estreché sus manos y las lágrimas se convirtieron en una reluciente cadena indestructible. Los milenios huyeron por el horizonte, como nubarrones de tormenta. Abrazado a su cuello, lloré ante la vida nueva lágrimas de éxtasis. Tal fue el primero, el único sueño. Desde entonces, con fe inmutable y eterna, creo en el cielo de la Noche y en la Amada, que es su luz.

NOSTALGIA DE LA MUERTE

¡Bajemos al seno de la tierra!
¡Huyamos del reino de la luz!
El duro choque de la amarga pena
es tu señal, ¡oh alegre partida!
De un golpe hacia los cielos y su orilla
se lanza nuestra barca estrecha y viva.

¡Alabanza a la Noche eterna!
¡Alabanza al eterno sueño!
Cansados del Día y de su ardor,
marchitos en larga desventura,
queremos, sin gusto por lo extraño,
a casa del Padre retornar.

Llenos de amor y fidelidad,
¿qué tarea nos llama en este mundo?
Lo antiguo despreciamos
¿para qué entonces lo nuevo?
¡Oh soledad, oh confusión sombría,
de quien guarda su amor a lo pasado!

Ardían antaño, como una hoguera de oro,
en altas llamas claras los sentidos.
Los hombres aún reconocían
el rostro y la mano del Padre,
y alguno, noble y cándido
tenía un reflejo del modelo.

Los tiempos pasados en que brillaba
del tronco antiguo la rica floración,
y pedían los niños la tortura y la muerte
por el reino prometido de los cielos,
cuando hablaban la vida y los sentidos
a cualquier corazón traspasado de amor...

Los tiempos que vieron a Dios mismo,
manifestado en su joven esplendor,
otorgar a la muerte, supremo
don de amor, su dulce vida en flor;
sin haber rechazado la amarga copa,
para hacernos más cara su muerte.

Rodeados por oscura noche
miramos esos tiempos con angustia,
pues éste nunca calmará
la ardiente sed que nos consume.
¡Oh tiempo bendito, para veros de nuevo
a la Patria querida habremos de volver!

¡Ah! ¿Por qué demorar nuestro retorno?
Tiempo ha que descansan los amados.
Cierra su tumba el curso de los días,
el dolor y la zozobra llegan.
¿De qué nos servirá seguir buscando,
harto el corazón, vacío el mundo?

Un temblor dulce y misterioso
sin término recorre nuestro ser.
Creo que en las hondas lejanías
clama un eco de nuestro dolor.
También los amados anhelantes
nos envían suspiros de nostalgia.

Bajemos hacia la dulce Novia,
hacia nuestro Jesús, el bienamado.
No temáis, sobre los amantes
se ha extendido la sombra de la noche.
Un sueño rompe los postreros lazos
y en el seno del Padre nos sumerge.